

# HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

## LOCAL 71

La mañana había sido bastante tranquila: no había entrado una sola alma al local, el gerente se la pasó todo el tiempo en la oficina hablando por teléfono, y finalmente, mi cabeza estaba en cierta paz.

Era mi cuarto día como vendedor de la cadena de disquerías Musik-Tamm, y si bien había tenido ciertos problemas con mis jefes, parecía que las cosas marcharían mejor.

Miré un ave, allá lejos, muchos metros más allá del salón del local, a través del salón del shopping y de la puerta abre-sola a la libertad.

- Mierda... - me dije.

Daba por entendido que una vez que tomara fuerzas, dejara mi arte a un lado, y me dispusiera a trabajar, ese trabajo en cuestión me atraparía para siempre: Musik-Tamm podría llegar a ser esa famosa cadena perpetua llamada rutina.

El misterioso y callado Julián cruzó el salón y entró al depósito. Al pasar, con la cabeza a gachas, balbuceó:

- Ayúdame. – en supuesto aviso para juntos conseguir algún disco por vender.

Caminé tras él y llegamos al depósito. Me señaló arriba de todo del gigantesco estante central, y me pidió que aguarde.

Entonces, aquel calvo, delgado, encorvado, y extraño ser, trepó tal como una araña, poniendo un pie y otro y otro en uno y otro y otro estante.

Llegó a la cima, dio media vuelta, me miró y me dijo con su rostro tan seco como siempre.

- Hasta acá llegué.

“Cómo?” creo haber preguntado.

- Necesito unas vacaciones. Unas largas vacaciones.

- No te entiendo.

- Porque sos nuevo. Por eso no me entendés. Cuando cumplas un año vas a empezar a darte cuenta de lo que estoy hablando.

- Qué vas a hacer?

- Voy a tirarme, romperme todos los huesos, que me internen, y que me den un año de licencia.

- Vos estás loco. – me animé a decirle, sin poder salir del asombro.

- Es verdad. Y no sos el único que se da cuenta. Todos lo dicen: estoy loco, loco como todos los que están acá, después de trabajar horas y horas

como mulos, escuchando la música que quizás nunca iba a escuchar, quemándome la cabeza con ella y con cada uno de sus típicos clientes. Todos los que estamos acá nos volvimos locos. Nada más que a algunos se les nota menos que a otros.

- Y si te pegás un mal golpe? – traté de persuadirlo, entrando en nervios y pánico. Ya estaba dentro del maldito juego, y tenía que salvarle la vida de alguna manera.

- Hace un mes hice una apuesta. Agarré un disco cualquiera, uno medio raro, y lo puse arriba de todo de este estante... – y señaló al estante con los cajones de compactos. - Y esperé a que alguien me lo pida. Si nadie lo hacía en un mes, no me tiraba. Hoy, el último día de la apuesta, alguien lo pide... Si el destino me llevó hasta acá, no creo que sea tan cruel en darme un mal golpe y matarme.

Entonces, tomó el disco de la apuesta, y se volvió al frente, meditó y creo que estuvo a punto de dejarse caer.

- No, no! Pará! – le grité, y hasta amagué a correr por ayuda.

- Voy a caer y este va a ser el último disco que venda en lo que respecta al año. – recitó como un zombie.

- Y que pasa si quedás paralítico?! – atajé, con la excusa de la tragedia.

Miró al vacío, al paisaje escondido en su mente, proyectado en la pared del depósito.

- Sabés qué?... – preguntó con tristeza y melancolía. - Ojalá quedara paralítico... Ojalá. Así se acabaría de una buena vez esta maldita farsa, esta farsa de ser el robot de este Sistema hipócrita, diabólico, enfermizo, que lo único que sabe es criar un ejército de idiotas sin cerebro, sumisos antes las órdenes, hiper delgados o hiper obesos, por siempre consumidores, formando familias que procrearán la misma gente de mierda de siempre.

Procesé la información, y para peor, entendí a lo que se refería... Mierda que tenía razón!

Pero no, no podía comprenderlo y listo! Tenía que decirle lo que sea para que entienda que más allá de todo, siempre existía algo mejor...

“existía?”

- Pensá en tu familia! Tenés hijos o alguien que padezca tu recuperación si que te das un mal golpe?

- No me importa nada! – interrumpió de un grito seco. – No me importa nada, y no vas a poder cambiar nada! – su voz sonaba amenazante. - Sabés lo que significa “nada”? Sabés lo que significa que “nada” valga la pena. Ya no tiene sentido la gente, las cosas, la plata. Nada de nada. Como que perdí las sensaciones de todo lo que puedas imaginarte.

- Pero, por qué? Solamente por Musik-Tamm?

- Musik-Tamm es un portal más a este Sistema Capitalista en su máxima potencia, y a todos y cada uno de sus dementes consumidores. Y en el medio de todo eso... el hijo de puta del gerente que hace que todo vaya peor: un tipo programado para jugar estrategias diabólicas, latiguearnos la espalda, detener cualquier avance de rebelión y convertir a cada uno de nosotros en locos ansiosos, desesperados por mantener este mísero sueldo! Somos vegetales ambulantes!

- Por qué a mí? Por qué me elegiste a mí? – dije, culpándolo por el sentimiento que podría dejarme al no poder detenerlo. – Qué hago si te morís?

- Sos nuevo,... y vas a aprender la lección. Que no te quiten la fuerza para luchar! Después de todo, sos humano, no un títere.

Y con esas palabras, retomó a la serenidad. Y en su vista al frente, ese vacío tan molesto como el que cargaba dentro de su cuerpo, compartiendo espacio con su alma muerta.

Finalmente, relajó los músculos y se dejó caer tal como si fuese una bolsa de papas. De esa forma, golpeó un estante, otro, brazos, hombros, cabeza, y de plancha al piso, con el disco entre sus manos.

- Mierda! – me dije, y me acerqué a socorrerlo. Me detuve ante él, agachado, y esperé a que diga algo. No quería tocarlo por miedo a empeorar las cosas.

- Por favor... - surgió como chiflido de su boca. – Por favor...

- Te escucho! Qué puedo hacer?! – le pregunté desesperado.

- Ves ahí?... En el segundo estante?... – continuó gimiendo. – Ves esa caja... - y miré hacia la inmensa caja, perfectamente fajada.

- Qué tiene que ver la caja?!

- Empujala... y que me caiga encima... No estoy tan golpeado como esperaba...

Retrocedí unos pasos, aterrorizado de aquella locura, y huí del depósito en un segundo. No recuerdo cómo pude ubicar ayuda. Lo que sí, jamás conté la anécdota completa.

Un buen día, casi un año después, un hombre se me acercó al salón de la disquería y preguntó por un disco bastante singular.

Me encaminé al depósito, trepé los estantes hasta arriba de todo, y alcancé el pedido. Cuando lo tuve entre manos, allá en las alturas, recordé aquel pobre loco que había ido en búsqueda de un descanso, y que después del mismo, jamás lo volví a ver.

Entonces me pregunté cómo estaban las chances para caer al vacío, y darme un respiro de aquel loquero rutinario...

Como todo buen cobarde, bajé a tierra de la forma tradicional, con sumo cuidado. Sin embargo, sentir lo que era poner los pies en aquel suelo, me hizo llevar la mirada allá arriba para de alguna manera entender la lógica de aquel pobre desesperado. De mí dependía ser su heredero y continuar su osadía, o aprender de esta aventura para estar listo a enfrentar lo que fuera, allá afuera, en el salón del Local 71 de Musik-Tamm.

FIN